

Hermanas de la Caridad Cristiana: 175 Años
SCC en Camino: memoria, conversión, gozo



Enero de 2023

Hna. Adalberto Baur

Hna. Sofronia Thoemmes

Hna. M. Gilda Mathey

Hna. Maria Alberta Wessner

Hna. Efigenia Hernández Barrientos

Para la reflexión

- ♥ ¿Qué quisieras destacar de la vida de esta Hermana?
- ♥ Si esta Hermana tuviera que darnos un consejo al prepararnos para la celebración del 175º aniversario de la Congregación, ¿qué te parece que nos diría?
- ♥ ¿Qué pregunta te gustaría hacerle?
- ♥ ¿Qué has aprendido de ella acerca del seguimiento fiel de Cristo como Hermana de la Caridad Cristiana/como miembro del Grupo Paulina?

Hna. Adalberta Baur

8.5.1867 – 16.1.1938

La foto yacente de la Hna. Adalberta es la única que se encuentra en los archivos de la Región Alemana. Aparte del hecho de que apenas se tomaron fotos durante su vida, cabe suponer que algunas se perdieron durante el bombardeo de la Casa Madre. Se conservan algunas de sus cartas manuscritas.



La Hna. Adalberta nació el 8 de mayo de 1867 en Donaueschingen, al sur de Alemania. En su Bautismo recibió el nombre de Ida. Perdió a su madre en la adolescencia. A través de una tía que conocía a la Madre Mathilde Kothe, Ida conoció nuestra Congregación. El carisma de la Madre Paulina debió tocarla profundamente. En 1886 entró como candidata en Alsemberg, Bélgica, donde nuestra Congregación tenía un internado. Allí se preparó para la enseñanza. Después de pasar los exámenes, fue asignada como maestra en Gutenberg, Liechtenstein, donde enseñó durante un año y medio. El 8 de noviembre de 1891 comenzó el noviciado en Paderborn. El comienzo de su noviciado coincidió con el momento en que se pudo reanudar la actividad docente en Dortmund tras el fin del Kulturkampf. Como no había suficientes profesores disponibles en Dortmund, la Hna. Adalberta tuvo que interrumpir el noviciado para enseñar durante algunos años. En 1896 pudo continuar su noviciado. Hizo sus primeros votos el 14 de noviembre de 1897.

Después de los estudios complementarios, en septiembre de 1901 se le confió la dirección de la escuela de Dortmund, que ejerció con prudencia y energía durante 18 años. Estos años sólo fueron interrumpidos para el terciado y su profesión perpetua, que realizó el 2 de marzo de 1907.

En 1919, la Hna. Adalberta fue trasladada a la Casa Madre para ayudar a la Madre Regina Le Claire, que estaba enferma, especialmente en los asuntos escolares. En el Capítulo General de 1920 la Hna. Adalberta fue elegida Consejera General. Acompañó a la recién elegida Superiora General, la Madre Ottonia Gerdemann, a Roma para visitar a las Hermanas en el Campo Santo y para buscar posibilidades de fundar una escuela. Al inaugurarse la escuela en Villa Paolina en 1922, la Hna. Adalberta fue asignada temporalmente como directora. Tras superar las dificultades iniciales, con su característica visión de futuro, consiguió situar la escuela sobre una sólida base, permitiendo así su fructífero crecimiento.

En 1923 la Hna. Adalberta regresó a Alemania y fue destinada de nuevo a Dortmund hasta 1926. Sin embargo, su fructífera actividad en las escuelas llegó a su fin con el Capítulo General de 1926. En este Capítulo se decidió fundar la Provincia Alemana, que hasta entonces había estado bajo el Generalato. La Hna. Adalberta fue nombrada Superiora Provincial de la nueva Provincia. En su mandato de seis años se realizaron varias fundaciones nuevas. En el Capítulo General de 1932 fue elegida primera Consejera General. Cuando la Madre Anselmis Nickes viajó a América del Sur para realizar su visita en julio de 1934, la Hna. Adalberta tuvo que hacerse cargo de todos los asuntos oficiales como su representante. En aquel momento nadie podía sospechar el camino de la cruz que le esperaba.

El camino de sufrimiento de la Hna Adalberta Baur necesita en realidad una descripción propia. Me refiero a un artículo escrito por la Hna. Adalberta Mette en octubre de 1996 en el boletín de noticias romano "Herencia y Misión". Esta parte de su vida no debe dejar de mencionarse porque tuvo un efecto duradero no sólo para la Hna. Adalberta, sino para toda la Congregación.

Cuando los nazis tomaron el poder en 1933, Hitler no tardó en golpear a las órdenes religiosas y, por tanto, a la Iglesia. Su objetivo era destruir las órdenes religiosas. Dictó normas drásticas sobre el cambio de divisas. Su incumplimiento fue castigado con los juicios de divisas, que golpearon el corazón de muchas Congregaciones internacionales en Alemania. Los juicios sacudieron la confianza de los fieles en las órdenes religiosas. Ni siquiera la Provincia alemana se salvó. El 14 de marzo de 1935, la Gestapo (policía secreta del Estado) entró en la Casa Madre a primera hora de la mañana, registró todo y confiscó los libros de cuentas. La Hna. Adalberta, en representación de la Superiora General, que no estaba presente, y la Ecónoma Provincial, la Hna. Rupertilla Starke, fueron interrogadas. La Gestapo no salió de la Casa Madre hasta las 4 de la tarde, pero regresó por la noche. La Hna. Adalberta estaba rezando el Vía Crucis cuando tuvo que presentarse de nuevo ante la Gestapo para ser interrogada. Esa misma noche fue llevada con la Hna. Rupertilla a la prisión de Dortmund. Después de 10 días la Gestapo las llevó a Paderborn, a la misma prisión donde había estado el obispo Conrado Martin. Pero ya en la misma noche fueron llevados a la prisión de Berlín Moabit, una prisión cuyo solo nombre era suficiente para llenar de miedo a la gente. Allí, ambas fueron colocadas en una celda solitaria en prisión preventiva, sabiendo que podrían pasar meses antes de un juicio. Las dos Hermanas no tenían ningún contacto con la Casa Madre, sólo con su abogado defensor. Sólo podemos suponer las calumnias que la Hna. Adalberta tuvo que soportar durante estos angustiosos meses. Algunas cartas que escribió a las Hermanas de la Casa Madre, que se han conservado para nosotras, dan una visión estremecedora de su angustia mental. Durante uno de los interrogatorios, el juez le dijo que la Casa Madre había renunciado a ella y que ya no quería saber nada de ella. Esto le afectó mucho. Entre lágrimas, pidió al abogado que se ocupara de que al menos cuando muriera, se le diera un lugar de descanso en el cementerio de la Casa Madre. Aún hoy, sólo se puede leer esta carta con lágrimas.

Mientras tanto, la Congregación rezaba día y noche para que la sentencia fuera lo más benigna posible. A esta época se remonta también la consagración a María nuestra Reina, que renovamos cada año hasta hoy. Después de nueve meses de prisión preventiva, finalmente se realizó el juicio. Las Hermanas fueron interrogadas durante nueve horas. Al final se pronunció la sentencia. En contra de lo que se esperaba, el veredicto fue "favorable", ya que normalmente cabía esperar la cadena perpetua por violación de la normativa sobre divisas. Pero la sospecha de violación de la normativa no pudo sostenerse. No se demostró una conducta culpable. Sin embargo, las dos Hermanas tuvieron que seguir sometidas a las normas de la prisión que se aplicaban a los presos. Además, la Congregación tuvo que pagar una multa grande. Poco antes de la Navidad de 1935, las dos Hermanas fueron trasladadas de Berlín a Essen, donde compartieron una celda y pudieron animarse mutuamente. En Essen, el ambiente era más humano y por fin volvieron a recibir atención pastoral. La Hna. Rupertilla fue liberada el 12 de abril de 1936, y el 28 de junio la Hna. Adalberta pudo regresar a Paderborn, donde fue recibida con un Te Deum en la capilla de la Casa Madre. Una tercera Hermana, la Hna. Alfredis Schreiber, Ecónoma General, estuvo en 1936 en la cárcel de Anrath.

La Hna. Adalberta vivió un año y medio más después de su estancia en la cárcel. El encarcelamiento la había debilitado física y mentalmente, sin duda la causa principal de su grave e incurable enfermedad. Externamente, y medido con estándares mundanos, su vida podría describirse como una "carrera ascendente". Sin embargo, para la Hna. Adalberta, la atribución de tareas de liderazgo fue siempre una llamada a una actitud de servicio hacia los



demás. Finalmente, esta actitud la condujo a un camino que nunca hubiera elegido, pero que tomó en nombre de la Superiora General ausente. Fue precisamente el tiempo de la "noche oscura" en la cárcel que Dios la preparó para el encuentro con Jesucristo, cuya llamada final pudo seguir el 16 de enero de 1938. Con ello, Dios mismo había completado su programa de vida: "Sólo Dios basta". Su tumba se encuentra a la derecha de la capilla de San Conrado.

Hna. Sofronia Thoemmes

22.5.1872 – 19.1.1951

María Margaretha Thoemmes nació en Plymouth, Pennsylvania el 22 de mayo de 1892, y fue bautizada en la Iglesia San Vicente de Paul el 26 de mayo. Sus padres, Jorge Thoemmes y Catalina Lahnstein fueron bendecidos con cuatro hijos, un niño y tres niñas. Dos de sus hijas murió a temprana edad.



Los párrafos siguientes de su autobiografía detallan dos hechos extraordinarios de su joven vida. "Cuando cumplí un año la Reverenda y Beata Madre Paulina vino a Wilkes-Barre por primera vez. Mi madre había sabido que estaba en la ciudad. Salió de compras llevándome en sus brazos y en el camino se encontró con la Madre Paulina. Mi madre la saludó con mucha gentileza y conversó con ella por un momento. Luego mi mamá tomó un billete de dos dólares, lo puso en mi mano y me dijo: dáselo a la Madre Paulina. Aunque yo era muy vergonzosa en presencia de extraños, de inmediato le entregué el pequeño regalo. La Madre Paulina estaba profundamente conmovida, me puso la mano sobre la cabeza, y mientras miraba al cielo, me dijo "Oh Dios, debemos tener a esta niña." A mi mamá le dio dos hermosas estampas, que atesoraba como preciosos recuerdos.

Dos años más tarde me enfermé gravemente. El Dr. Wagner, que muchas Hermanas conocen, y que era el médico de mi familia, les dijo a mis padres que iba a morir porque no había nada que él pudiera hacer por mí, mientras yo estaba muriendo seguía repitiendo en mi lenguaje infantil: "Madre de Dios – Iglesia, Iglesia." Mis devotos padres sintieron que esto podía ser un signo, que mi amada Madre Celestial quería curarme. Mi mamá me vistió y abrigó bien con un chal. Mi papá me llevó a la Iglesia. Miró a todos lados para asegurarse de que no había nadie más cerca, y luego me puso sobre la alfombra delante del altar de Nuestra Señora. Comenzó a liberarse de sus tribulaciones a la que es "Salud de los enfermos." Le dijo a la Madre de Dios que ya había perdido a dos hijas, le dijo que le dejara a la tercera por un tiempo y le prometió que esta niña podría estar más tarde a su servicio, si era su deseo. Apenas mi papá había dicho esto cuando yo comencé a patear el chal con los pies. Cuando me sentí libre, salté y corrí a la puerta de la iglesia. Estaba completamente curada de una enfermedad muy grave, que nunca se repitió. Mis padres derramaron lágrimas de gozo cuando llegamos a casa. Por mucho tiempo me vestí con ropa blanca y celeste, y zapatos iguales. Pasaron los años y cuando terminó mi tiempo escolar, tenía un gran deseo de ser Hermana de la Caridad Cristiana. Cuando se lo dije a mis padres, dijeron: "Se lo prometimos a la amada Madre de Dios."

En 1880 la familia se cambió a Dayton, donde María asistió a la Escuela de la Santísima Trinidad dirigida por las Hermanas Franciscanas. Hizo su primera confesión en 1880. Dos años más tarde estaba en Piqua donde asistió a la Escuela San Bonifacio, dirigida por las SCC. Recibió la Primera Comunión en 1886. Dejó el colegio el 30 de mayo y fue confirmada el 6 de junio por el Arzobispo William Helder.

María entró al postulanteado en Wilkes-Barre el 24 de junio de 1887 y tomó el hábito el 23 de julio de 1890. La Hermana hizo su Primera Profesión el 10 de agosto de 1892 y la Profesión Perpetua el 21 de agosto de 1908.

La Hna. Sofronia nunca gozó de una salud buena. Era una profesora muy responsable. Pero a menudo tenía que dejar su trabajo por largos períodos de reposo. Se desempeñó en New Ulm, Piqua, Tippecanoe City, Kingston, Sioux City, Hazleton, Scranton (San Juan y Santa María), Williamsport, Detroit, Chicago (Josephinum), Elizabeth, Bronx (Inmaculada Concepción) y Brooklyn.

En 1934 fue cambiada a la Casa Madre en Mendham para ayudar en la sala de costura. Diez años más tarde en marzo de 1944 fue a residir al Convento de la Sagrada Familia donde ayudó en el comedor y en las salas de costura.

En junio de 1950 fue confinada a la cama al quebrarse una cadera. El viernes 19 de enero de 1951 en la mañana recibió los Consuelos de la Santa Iglesia. Cerca de las 2.55 de la tarde de ese día, vino la Virgen Inmaculada a llevarse a su amada hija al cielo.

Toda la vida de la Hna. Sofronia estuvo marcada por un amor especial a Nuestra Señora y a la Madre Paulina. A pesar de los constantes problemas en su salud, irradiaba amor, alegría y benevolencia a todos con quienes trataba o con quienes tenía contacto.

Después de la Misa de Requiem, la Hna. Sofronia fue sepultada en el cementerio San Huberto en Danville.

Hna. M. Gilda Mathey

14.9.1883 – 9.1.1964

J.M.J.

Convento de María Inmaculada
Wilmette, Illinois 60091
15 de febrero de 1964

Queridas Hermanas:

Seguramente fue una sorpresa para ustedes como lo fue para nosotras que nuestro querido Señor se llevara a nuestra buena Hna. M. Gilda Mathey a su recompensa eterna, incluso antes de que hubiéramos enterrado a la querida Hna. M. Theocleta, fallecida apenas tres días antes. La buena Madre M. Constance desea ahora que reciban algunos detalles sobre la vida y la santa muerte de nuestra querida Hermana difunta.



Catherine Mathey nació en Niedermertzig, Luxemburgo, el 14 de septiembre de 1883. Era la única niña en una familia de seis hijos. A la edad de dos años, sus padres cruzaron el océano hacia América y se establecieron en una granja en Le Mars, Iowa. Como la escuela católica estaba demasiado lejos, Catherine y sus hermanos asistieron a la escuela pública. Sin embargo, cuando Catherine tenía doce años, la familia se trasladó a la ciudad, y los niños fueron a la escuela de San José, dirigida por nuestras Hermanas. Aquí Catherine hizo su Primera Comunión y después de unos dos años dejó la escuela para trabajar en una oficina telefónica por un corto tiempo. Después asistió a una escuela de costura durante medio año.

Desde el momento de su Primera Comunión, Catalina sentía una voz interior que le decía repetidamente que entrara en el convento para consagrarse a Dios su inocencia y juventud. Sin embargo, cuando, a los dieciocho años, abordó el tema en casa, su padre se negó rotundamente. Quería que esperara al menos dos años más para convencerse a sí misma y a él de que realmente tenía vocación. Después de esperar pacientemente los dos años, y como se mantenía firme en su deseo de entrar en religión, su padre dio su consentimiento. Para su madre, la despedida fue especialmente dura, ya que Catalina era su única ayuda en casa. Sin embargo, ofreció de buen grado a su hija al Señor. Antes de ir a Wilkes-Barre (Pensilvania), Catalina pasó dos semanas en el Josephinum de Chicago. Habiendo demostrado que estaba dispuesta a hacer los sacrificios que se le pedirían al entrar en el postulante, se le concedió permiso para venir a la casa madre de Wilkes-Barre el 25 de septiembre de 1901.

El 28 de mayo de 1902 fue el feliz día en que vistió el santo hábito de Hermana de la Caridad Cristiana y, tras un fervoroso noviciado, emitió sus primeros votos el 25 de mayo de 1905. Al final del verano, la Hna M. Gilda fue enviada a Syracuse, NY, para el primer grado. Más tarde enseñó el primer grado en New Oxford, PA y en St. Gregory's en Chicago. En 1913, la Hermana fue asignada a los grados medios en Holy Trinity, New Ulm, y en 1916 fue a Sioux City, Iowa. Mientras estaba allí la Hermana enfermó y fue a descansar, primero a Le Mars, y luego a la casa madre en Wilmette. Al final del verano de 1918, la Hermana estaba lista para volver a la escuela y fue enviada a St. Elizabeth's, Detroit. Regresó a Wilmette para el terciado en el verano de 1919, y el 20 de agosto de 1919 tuvo la gran dicha de unirse perpetuamente a su Divino Esposo por los votos perpetuos. Después de un verano cargado de gracia, la Hermana M. Gilda regresó a su trabajo en Detroit hasta 1928, cuando fue transferida a Westphalia, MI. Quince años después, la Hermana fue asignada a Chaska, MN, y luego de cinco años, regresó a Detroit, esta vez a la Escuela San Juan Evangelista. Este fue el último destino docente de nuestra querida Hna. M. Gilda. Los ocho años que pasó allí fueron felices, pero el trabajo del aula poco a poco se fue convirtiendo en demasiado para ella. En 1956, a la edad de setenta y tres años, la Hermana fue llamada al Convento del Sagrado Corazón para realizar tareas livianas. La Hna. M. Maurita nos cuenta cómo fue la vida de la querida Hna. M. Gilda en su último hogar terrenal. Ella escribe: "Desde que la Hna. M. Gilda vino al Convento del Sagrado Corazón, estuvo diligentemente empleada en una de nuestras salas de costura tanto como las fuerzas y el tiempo se lo permitieron. Al parecer, amaba su trabajo, por lo que consintió a regañadientes en abstenerse de realizar sus tareas habituales. Cuando la Hna M. Theocleta agonizaba, la Hna. M. Gilda estuvo entre las que rodearon su lecho para rezar. Sin embargo, nos dábamos cuenta de que nuestra pequeña Hermana no se encontraba muy bien desde hacía varios días, aunque ella siempre sostenía que no estaba realmente enferma, sólo un poco cansada.

"El miércoles 8 de enero, la Hna M. Gilda recibió la Sagrada Comunión en una silla de ruedas en el coro, y luego permaneció en su habitación el resto del día. Cuando la visité, se sentó en la mecedora y me repitió que seguramente no estaba realmente enferma, sólo cansada. Cuando volví a entrar a las 19.15 para darle las buenas noches, parecía cómoda y contenta. Incluso a las 2 de la mañana del día siguiente, cuando la Hna. M. Christina comprobó su estado, la Hna. M. Gilda dijo: 'Me encuentro muy bien, lista para otro buen sueño'. Instó a la enfermera a que no se preocupara por ella, sino que se tomara ella misma un descanso.

"Aparentemente nuestra pequeña Hna. M. Gilda se desplomó mientras hacía un último acto de obediencia al levantarse al sonido de la campana matutina a las 5:15 a.m., pues cuando la Hna M. Jane Frances entró en su habitación unos tres minutos después encontró a la paciente tendida sin vida sobre su cama. El Padre Connors vino inmediatamente y ungirió a la Hermana condicionalmente. Fue un shock para nuestras Hermanas cuando, después de la oración de la

mañana, el Padre les informó de la partida de la Hna M. Gilda. Inmediatamente ofreció la Santa Misa por nuestra querida difunta.

"La Hermana fue el último miembro de su familia inmediata en entrar en la eternidad. Su única cuñada, que vive en California, y una sobrina y un sobrino son, que sepamos, los parientes cercanos que le quedan. Hicieron celebrar una Santa Misa en su iglesia parroquial el día del funeral, el 11 de enero."

"La Hna. M. Gilda tenía miedo de la muerte. Sin embargo, el Sagrado Corazón de Jesús, en Quien ella había puesto su confianza, y a Quien había confiado los últimos momentos de su vida, vino rápidamente para llevarla a su hogar celestial."

Hasta aquí, la Hna. M. Maurita. Como profesora, la Hna. M. Gilda es recordada como muy exacta. Exigía mucho de sus alumnas en cuanto a obediencia, puntualidad, diligencia y pulcritud. Ella misma se esforzaba por darles ejemplo de estas virtudes mediante el cumplimiento concienzudo de su horario y la exactitud en sus demostraciones en la pizarra. La Hermana era también una hábil costurera, y en el círculo de las Hermanas era muy apreciada por su buena disposición para ayudar. Se daba cuenta rápidamente de las oportunidades de hacer pequeños actos de caridad, y sorprendía a sus compañeras numerando sus sábanas, remendando sus ropas y cosas por el estilo. Nunca esperaba un "gracias" por estos actos, sino que los realizaba con amabilidad y en silencio. Una palabra de sincera gratitud parecía sorprenderla; había realizado la pequeña acción con gusto y rápidamente, y luego no pensaba más en ello.

Ahora que la Hna. M. Gilda ha alcanzado su meta final, confiamos en que continuará sus actos de caridad apelando al Corazón de Jesús por las intenciones personales de sus Hermanas, así como por las pequeñas y grandes intenciones de la Congregación, particularmente por las buenas vocaciones. Para obtener su intercesión por nosotras, la buena Madre M. Constance nos pide que sigamos recordando en la oración el alma de nuestra querida Hna. M. Gilda.

La Madre envía un cordial saludo a cada querida Hermana y desea a todas una Cuaresma bendecida, generosa y rica en abundantes gracias. En el amor de nuestro Salvador sufriente, soy, su afectísima, Hna. M. Lucy

Hna. María Alberta Wessner

12.3.1914 – 30.1.1981

A.M.P.

Montevideo, 15 de febrero de 1981

Queridas Hermanas:

El 30 de enero a la hora de la cena, por un llamado telefónico de Buenos Aires, nos llegó la triste y totalmente inesperada noticia del fallecimiento de la Hna. María Alberta Wesner que aconteció en la Casa de Ejercicios de la Quinta Mallinckrodt, González Catán, Provincia de Buenos Aires. Estuvo allí desde los stos. ejercicios que habían terminado el 10, para trabajar con tranquilidad en la traducción de los escritos de la Madre Paulina. La Hna. Winifred voló a la mañana siguiente a Buenos Aires para representar a la Madre M. Eloísa en el entierro que tuvo lugar el 31 en el nuevo cementerio de la Quinta Mallinckrodt recién terminado, después de la Santa Misa que se celebró a las 16.15.



La Hna. María Alberta manifestó varias veces el deseo de ocupar un lugar en él y Dios se lo cumplió. El quiso, que ella, que tanto había colaborado en la compra de la propiedad y la edificación de la Casa de Ejercicios, fuera la primera que allí encontrara su último descanso. Como era su costumbre, había trabajado con mucho afán, y muy contenta anunció a las Hermanas de la Comunidad la terminación de un tomo. El jueves 29 se sintió mal en la santa Misa. Tuvo después fuertes dolores y una descompostura que parecía del hígado. Una médica la examinó y le dio calmantes. Pero pasó mal la noche siguiente acompañada por una Hermana. El viernes la Hna. Celina fue a buscarla desde Buenos Aires para trasladarla allí para su mejor atención. Se vistió con la ayuda de las Hermanas y ya pronta para partir, cayó muerta de un paro cardíaco cerca de las 16 hs. El sacerdote que fue llamado le administró el Sacramento de la Unción de los Enfermos. Siempre deseaba no dar trabajo, ni ocasionar gastos y su Divino Esposo cumplió también estos deseos, porque como dijo la Hna. Celina: "ni siquiera tuvimos que vestirla y el Padre Ramasso, aquí en la Casa Madre mencionando también este rasgo, añadió: "un cortejo fúnebre más sencillo y más corto - fueron unos pocos pasos — no podría haber tenido".

La Hna. María Alberta, Teresa Wesner, nació el 12 de marzo de 1914 en Harthausen/Hohenzollern. Fue hija de Alberto Wesner y Ludovica Heinzelmänn. Recibió la gracia del Santo Bautismo ya al día siguiente en la parroquia de su pueblo y el 5.IX.1924 el Sacramento de la Confirmación. Después de terminar la escuela primaria siguió estudios en el Liceo de nuestras Hermanas en Sigmaringen, algún tiempo como alumna externa, y otro como interna. Aprendió allí a conocer y amar la vida religiosa según el estilo de las Hermanas de la Caridad Cristiana y pidió allí la admisión. Entró el 10 de octubre de 1931 en la Casa Madre de Paderborn. Recibió el santo hábito el 30 de abril de 1932 y emitió dos años más tarde los primeros santos votos. Su consagración definitiva por la emisión de los santos votos perpetuos la hizo el 8.II.1940 en la Casa Madre en Montevideo.

Después del noviciado prosiguió sus estudios en el Liceo de Dortmund, terminando con el Bachillerato el 10 de marzo de 1937. En 1934 fue destinada para América del Norte. Al llegar a su casa paterna para despedirse, encontró a sus padres en un profundo dolor por la muerte de su hermana que había fallecido ese mismo día. Las Superiores no quisieron causar otro dolor a los padres y resolvieron que la Hna. María Alberta siguiera sus estudios en Dortmund, a pesar de que los padres, con su profunda fe de cristianos auténticos, aseguraron que no querían retirar nada de la entrega de su hija a Dios.

Después de sus estudios en Dortmund pasó unos meses en el Leokonvikt para una práctica en la cocina. Desde el 19 de septiembre estuvo en la Casa Madre para prepararse al viaje a la Provincia Uruguayo-Argentina que emprendió el 22.X.1937. Llegó el 15.XI. a Montevideo y fue destinada el 10.XII.1937 a Buenos Aires. Se preparó para el examen de "aptitud pedagógica" y enseñó idiomas, algunas materias en el 6° grado y en la Selecta. Después del tercer año en las vacaciones de 1939-1940, siguió con algunas clases y el estudio en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Con tenacidad y gran aplicación, aprovechando los excepcionales talentos que Dios le había dado, adelantó sus estudios un año, rindiendo exámenes libres y se recibió como Profesora en Letras en diciembre de 1943. En 1944 las Superiores le encargaron la Dirección del Liceo en Buenos Aires, cargo que desempeñó con algunas interrupciones hasta su muerte. En 1963 estuvo un año en el mismo cargo en Martínez; volvió en 1964 a Buenos Aires. En los años 1968 y 1969 estuvo algunos meses trabajando en la Casa Generalicia en Roma en la nueva formulación de nuestras Constituciones, en 1974 participó en la Comisión para redactar el Documento sobre el Carisma de la Madre Paulina. En octubre de 1975

nuevamente fue llamada al Generalato para el mismo trabajo, pasó el año 1976 en Paderborn para trabajar en la traducción de los escritos de la Madre Paulina y en 1977 fue nuevamente a Roma para la preparación del proyecto de Constituciones que debía ser presentado al Capítulo General en junio-julio de 1977. Permaneció en Roma y colaboró a pedido de la Sagrada Congregación para Religiosos en la revisión de Constituciones de otras Congregaciones, algún tiempo junto con la Hna., Floriana Cavlowicak. Fue delegada de los Capítulos Generales de 1969, 1972 y delegada suplente en 1978.

Después de someterse a algunos exámenes médicos en Alemania e intentos de curar sus males de vista y oído, volvió en noviembre a la Casa Madre de Montevideo y siguió su viaje a Buenos Aires, donde pasó las vacaciones en la Quinta y después se ocupó durante el año 1979 en clases de Religión, Conferencias a las Madres de las alumnas y en las traducciones de los escritos de la Madre Paulina. En 1980 fue encargada nuevamente de la Rectoría de la Secundaria de Buenos Aires, con la esperanza de que pudiera todavía algunos años ejercer su fervoroso y fecundo apostolado, querida y apreciada por sus alumnas, las profesoras y padres de familia de las educandas. Fue educadora con toda su alma. En una poesía "A mis alumnas", expresa entre otras cosas: "Quiero recoger sus penas y dolores, - aclarar sus dudas, disipar temores, - darles lo mejor y hacerles todo el bien, - ser para ellas en la lucha firme sostén. - - Tienen en mi pecho un cálido hogar, — en mí trabajo, descanso y ante el santo altar, - quiero entusiasmarlas por un alto ideal: una vida noble, cristiana, angelical."

Amó a la Congregación con un amor sincero y grande. Penetró profundamente en el espíritu de la Madre Paulina. Testimonio de ello son sus dos escritos: uno sobre el Carisma de la Madre Paulina y otro que lleva el título "Paulina vor Mallinckrodt, Hija fiel de la Santa Madre Iglesia", y numerosos otros ensayos sobre las virtudes predilectas de la Madre Paulina. Quiso hacer accesible a las Hermanas de habla española todo el tesoro de pensamientos, consejos, oraciones que nos dejó la Madre Paulina. Hizo suyos los grandes amores de la Madre Paulina: la Eucaristía, María y la Santa Iglesia. Se consagró de un modo muy especial a nuestra Madre celestial y a los Santos Ángeles.

Las palabras: "Jesús revive en mí tu vida, dispón de mí con libertad, mantenme siempre a Ti unida, cumpliendo en mí tu voluntad", de una estrofa del canto que ella compuso y adaptó a una melodía alemana, expresan la actitud fundamental de su alma: por María llegar a una íntima unión con Cristo y en Él, por Él y con Él procurar la Gloria de Dios en el mundo.

Fue muy recta en su pensar y proceder y capaz de jugarse toda para lograr el triunfo del bien y de la verdad. Su gran sensibilidad fue para ella fuente de sufrimientos cuando se veía mal interpretada. Tuvo un gran amor a la Sta. pobreza y la practicaba muy concienzudamente. Fue muy sacrificada, tenía una gran capacidad de trabajo y se dedicaba incansablemente a él. Nunca se la vio ociosa. En los ratos de descanso se dedicaba a confeccionar rosarios. Cada una de las más de 80 alumnas egresadas al fin del año recibió uno como recuerdo, y ya tenía terminados algunos para el año próximo.

Fue alegre en el círculo de las Hermanas, modesta, sencilla y humilde, sin hacer alarde jamás de la excepcional inteligencia con que la había dotado el Señor, inteligencia que puso siempre al servicio de Dios y de la Sta. Iglesia en la Congregación.

La mayoría de las personas que integran la Comunidad Educativa y de los amigos del Colegio Mallinckrodt, recibió la noticia del fallecimiento de la Hna. María Alberta estando de vacaciones en algún lugar lejano. De Buenos Aires escriben que llegaron y siguen llegando todavía

centenares de telegramas y cartas y que son interminables las filas de personas que llegan al Colegio para expresar su condolencia y su dolor. Todos en sus escritos y comentarios coinciden que fue "una mujer con una inteligencia y capacidad extraordinarias, con una cultura universal y una doctrina sólida, que supo mantener el timón de la escuela en tiempos de grandes crisis. Mientras muchas escuelas tambaleaban, ella guió con mano firme y serena, con equilibrio y firmeza el Colegio Mallinckrodt."

Un padre de familia escribe: "Para todos aquéllos que hemos tenido el honor de tratarla y estar vinculados al Colegio, será imborrable el recuerdo de esta venerada Religiosa, tan extraordinaria educadora, verdadera formadora espiritual del alumnado y tan magnífica persona, siempre en permanente actualización de las peculiares circunstancias de su tiempo, en concordancia con los más puros e inmanentes valores cristianos."

Otro dice: "Siento como padre de alumnas del Colegio que asistimos a una sensible pérdida, puesto que Dios ha llamado esta vez al arquetipo de la Educadora y al mismo tiempo a la ineludible abanderada de la libertad, la decencia, la moral y el auténtico patriotismo, no obstante, su condición de extranjera."

Y otro con espíritu cristiano añade: "Es verdad que la Congregación pierde a alguien muy importante y cuyo peso se hacía sentir en el Colegio. Pero también es cierto que la entrada al Cielo de una mujer Consagrada es una hora de festejo y de esperanza para los que todavía estamos a la espera del momento en que se produzca el encuentro con el Señor." Y él mismo, después de expresar el deseo de que las familias "comprendan" el verdadero sentido de la vida religiosa, concluye: "En fin, creo que no es casual el hecho de que el recuerdo del fallecimiento de la Hna. María Alberta nos inspire una mirada hacia el futuro, un futuro de mayor entrega a los ideales del Evangelio: ¿acaso no es eso mismo lo que ella enseñó toda su vida?"

Una profesora que trabajó con ella sólo poco tiempo dice que su primera reacción fue de "pena muy grande porque perdíamos a alguien con tanta grandeza sobrenatural y natural, a una persona tan excepcional en todos los órdenes, como la Hna. María Alberta, a una persona que con su sola presencia enseñaba y transmitía gracia. Mostraba en cada gesto que sólo la gloria de Dios y el bien de las almas importan y de allí surgía su libertad y justeza para tratar con todos: personas y cosas. Cuando pienso en ella me resulta difícil pensar que sensiblemente no la veremos ahora, difícil porque parecía un pilar perenne. Pero inmediatamente miro con los ojos de fe y esa perennidad ahora adquiere otra dimensión, la certeza de que realmente así es su trabajo incansable y sin fin ahora en el cielo." Muy parecido es este testimonio: "Agradezco profundamente al Señor el hecho de haber estado cerca de ella durante todo el año pasado. Su presencia, cada uno de sus gestos, ¡cuánto más sus palabras!, fueron para mí signos claros y expresivos de toda una visión sobrenatural de la vida -cualquiera sea su dimensión- fundada en el valor máximo: la gloria de Dios. "

Otra que comenzó su actividad docente en el Colegio bajo su dirección escribe: "No escribo como quien desea compartir el sufrimiento de otro, por la pérdida de un ser querido, sino como quien desea unir el propio al de todas Vds. La Hna. María Alberta fue alguien muy importante en mi vida, no sólo supo indicarme una meta y señalarme un rumbo, sino que también quiso iluminar mi camino. Si hay algo de positivo en mi tarea docente, a ella se lo debo... Por ser la Hna. María Alberta alguien que siempre ocupó un lugar en mi corazón, me resulta imposible dejar de recordarla diariamente en la Sta. Misa y pedir al Señor le permita ya, gozar la visión beatífica."

Y por último agreguemos el testimonio de dos ex-alumnas. Una dice de ella "fue Maestra Educadora (con mayúscula), hermana, Madre, y padre en muchas ocasiones, y fue sobre todo amiga ejemplar y comprensiva de todos cuantos la trataron en algún momento de su vida". Y la otra que es profesora y madre de familia expresa: "Lamento que el Colegio se haya quedado sin su colaboración, pues durante muchos años fue la rama fuerte que con su esfuerzo físico y con su clara inteligencia mantuvo en pie y llevó adelante airoosamente esa digna institución. De ella recibí el modelo de vida que aplico e inculco a mi familia. ¡Cómo no sentir gratitud hacia aquellas que forjaron mi destino como madre y esposa cristiana!"

Siempre dispuesta a sacrificar su tiempo para las madres y aún padres de familia, ex alumnas y alumnos, que llegaban a las tardes y días feriados al Colegio para buscar su apoyo, consuelo y consejo, fue para todos Madre, hermana, consejera y "director espiritual", y no dejará de velar por ellos desde la eternidad.

Estos testimonios nos confirman en que, humanamente hablando, la Provincia sufre una gran pérdida con la muerte de la querida Hna. María Alberta. El Señor quiera enviarnos por su intercesión muchas buenas vocaciones y a nosotras nos toca sólo decir FIAT. Confiamos que la Hna. María Alberta será para nosotras una fiel intercesora ante el Señor y nos alcanzará el verdadero espíritu de la Madre Paulina a quien ella amó tanto.

Todas le debemos gratitud y ya que no pudimos dispensarle nuestra atención y cuidado en su tan rápida muerte, la Madre M. Eloísa pide que le enviemos muchas y fervorosas oraciones y sufragios a la eternidad. La Madre les envía cariñosos saludos y con ella las saluda,

en Cristo y María, su Hna. María Zita

Hna. Efigenia Hernández Barrientos

24.7.1919 - 5.2.1989

María Zenolfia nació el 24 de julio de 1919 en Puerto Varas. Su padre era Ramón y su madre Rosario Barrientos. Tuvieron seis hijos. Ella era la cuarta. Su madre falleció cuando ella era aún pequeña. Su padre se trasladó a Argentina y los niños quedaron a cargo de familiares. María Zenolfia fue recibida con mucho cariño por nuestras Hermanas en el Hospital de Puerto Varas.

La educaron y la prepararon para la vida. A los 10 años hizo su primera confesión y comunión. Más tarde ayudó a las Hermanas en la farmacia del Hospital. Fue enviada a San Bernardo donde trabajó en el jardín. También ayudó a las Hermanas en la cocina del Hospital Clínico de la UC. Aquí sintió el llamado del Señor y pidió la admisión. Comenzó el postulante el 25 de abril de 1941 y el 11 de febrero de 1942 tomó el santo hábito. El 11 de febrero de 1944 hizo sus primeros votos. Y el 7 de febrero de 1950 pronunció sus votos perpetuos, en el terceronado. Era muy silenciosa, modesta y sacrificada. Estuvo trabajando en el Internado de Concepción, en Ancud y Puerto Montt. Tenía a su cargo la cocina, el lavado y a veces también el jardín. De 1975 a 1981 fue samaritana de las Hermanas ancianas en el Hogar de Puerto Varas. Aquí se enfermó y estuvo bajo control médico hasta el final de su vida. En 1982 fue a la Casa San José en Puerto Montt. Muy debilitada llegó en 1988 al Hogar de Ñuñoa. Mientras pudo se hizo útil sirviendo en todas partes. A comienzos de este año estuvo internada grave en la Clínica de la UC. Un médico que trabajaba también en San Bernardo sugirió llevarla allá. Allí se usaron todos los recursos para librarla de la cirrosis hepática-medicamental y de la



diabetes. El 1 de febrero fue intervenida de urgencia. Luego quedó tres días en la UTI. Cuando estuvo en su pieza la rodearon las Hermanas que rezaron y cantaron para ella. Había recibido la Unción de los enfermos de manos del Sr. Obispo Orozimbo Fuenzalida. Murió el 5 de febrero de 1989 en Ñuñoa. Fue llevada a la Casa Madre para despedirla y celebrar las exequias de nuestra querida Hermana.